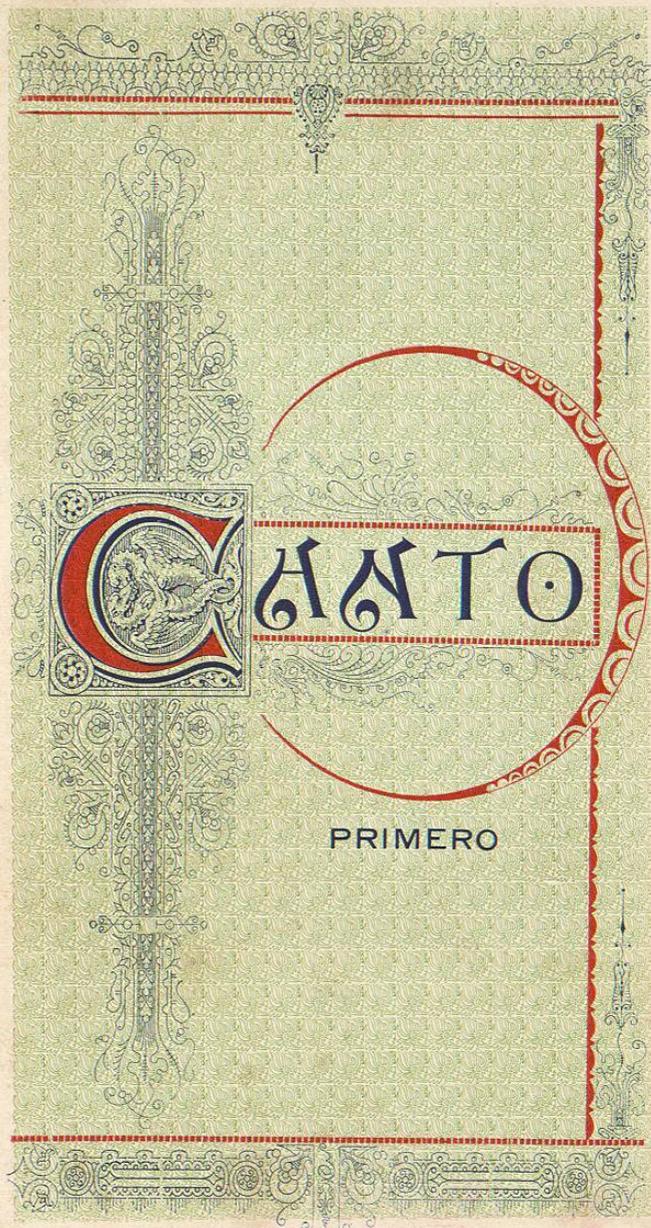
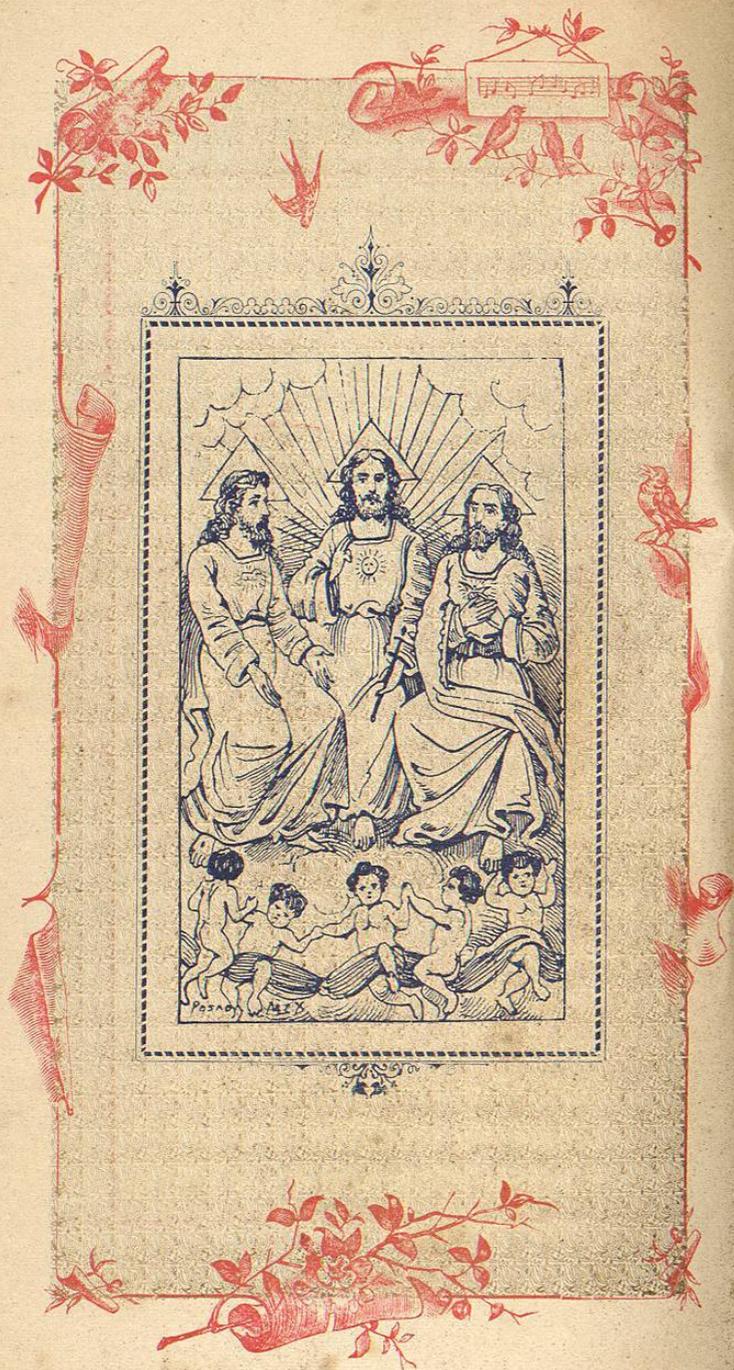


merjo en las amarguras y dolores de la Pasión del Redentor. A este mismo fin, he establecido en el trascurso de la obra dos grandes campos de batalla que se abren y dilatan ante los ojos del espectador. En el uno, pinto las luchas del Eterno Amor por salvar al hombre; y en el otro, al tirano y enemigo jurado de la criatura racional, el homicida del género humano, al frente de la compacta falange de los espíritus infernales, apurando toda su antigua saña y astucia por desbaratar los amorosos planes del Hijo de Dios, y hacer quimérico el apogeo y engrandecimiento de la humanidad.

Y así intencionalmente me dedico á recalcar las sombras de este grandioso cuadro de la regeneración humana para que más resalten las luces, destellos y perfiles de la colosal obra del Verbo eterno. Estoy muy lejos de pretender que esta mi humilde obrita llene las tan difíciles medidas de un poema épico. Pero vuelvo á repetir cuál ha sido en ella mi principal intento. Si lo consigo, ó no, lo dudo altamente en vista de las escasísimas dotes que me adornan para tan grandioso argumento y tan alto fin; y termino confiando el éxito de la presente á Dios, en primer término, y á la implorada benevolencia de mis lectores.

Jiquilpan, 22 de Mayo de 1901.





### CANTO I.

**Y**O no os invocaré, Musas profanas  
Que en los antros morais del Elicona,  
Y al arrullo de límpidas fontanas  
Vais tejiendo al poeta su corona;  
Esas no busco yo selvas lozanas  
A cuya sombra vuestro Apolo entona  
Sus cantos, dulces sí, pero que al cielo  
Nunca pretenden levantar el vuelo.

Estro divino, inspiración ardiente,  
Etérea llama, fuego inextinguible  
Venga á encender y fecundar mi mente  
Que osada se remonta á lo invisible,  
Y del eterno amor busca la fuente.  
Descúbreme esa cima inaccesible  
Tú ¡oh Virgen! Madre del amor hermoso,  
Extiéndeme tu brazo poderoso,

Tú que la mar undísona refrenas,  
Y el prado esmaltas de lucientes flores,  
Tú que vistes las castas azucenas,  
Y en el iris reflejas tus colores,  
Tú que el empíreo de topacios llenas,  
Y prestas al lucero tus fulgores,  
Tú de quien copia toda la natura  
Sus encantos, su gracia, su hermosura.

Voy á cantar (perdona mi osadía)  
La más ardua y espléndida proeza  
Que en la mente de un Dios surgir podía;  
Toda Él mismo exploró su fortaleza,  
De su brazo ensayó la valentía  
Para arrostrar tan ponderosa empresa,  
La que *ab aeterno* con estudio labra  
Quien á un mundo dió ser con la palabra.

¡Pásmate, oh cielo! ¡pásmate tú misma,  
¡Oh Madre! cuyo seno inmaculado  
Ha recibido el singular carisma!  
Esa grande obra en él se ha consumado,  
Obra de amor en que Jehová se abisma:  
*Vestir la humana arcilla ha decretado;*  
Sangre, fuerza, calor de tí recibe  
El que inmutable por los siglos vive,

¡Transfórmase en infante pequeñuelo!  
Ya bebe del dolor en la ribera,  
Para trocar en júbilo el gran duelo  
Y reparar la ruina lastimera  
Que el hombre deploraba sin consuelo,  
Porque infernal serpiente lisonjera  
Lo fascinó desde su misma cuna,  
Robándole su gloria y su fortuna.

El tartáreo monarca, el gran tirano  
Urdió, á la vez, mil tramas y artificios  
Contra el Amante del linaje humano,  
Por frustrar de su amor los beneficios:  
Se armó, lo desafió; mas todo en vano;  
Funestísimos fueron sus auspicios;  
Tu tierno Parvulillo, entre pañales,  
Derrocó los baluartes infernales.

Este es el grande tema, el argumento  
Que confío á mi laud, áspera senda,  
Núnca trillada piso, en que me siento  
Desfallecer: pero tu diestra encienda  
Luz divina en mi obscuro entendimiento,  
Y nadie la alta cumbre me defienda:  
Tú iníciame en los ritmos celestiales,  
Báñame en tus fulgores eternos.

Y si más tarde mi ceniza fría  
Al soplo de la fama despertare,  
Si al borde mismo de la huesa umbría  
Con el lauro la hiedra se enlazare;  
Tú seas el sol de mi segundo día,  
Nunca de tí mi nombre se separe,  
Grabe en tu pedestal mi triunfo humilde  
Una cifra siquiera, un solo tilde.

**Y**A luengos siglos en dolor profundo  
Ha gemido la humana descendencia  
Que dispersada por el vasto mundo,  
Arrastra su tristísima existencia:  
El genio del dolor, siempre iracundo,  
La azota con indómita inclemencia;  
Terrible maldición en sus oídos  
Resuena aún con hórridos rugidos.

Maldición que escuchó por vez primera  
De la boca del mismo Omnipotente,  
Contra quien ella levantó altanera  
De loca rebelión grito insolente:  
Esta de todo mal origen fuera,  
El foco impuro, la maligna fuente  
Que sobre el hombre revesó caudales  
De mil desgracias é infinitos males.

¡Oh pérfida Soberbia! ¡cómo hundiste  
Al mismo rey de toda la natura,  
De ese gran reino que de luz se viste,  
En la sima de tanta desventura!  
Tú el cetro de su mano sacudiste,  
Y la diadema de su frente pura;  
Y con el negro estigma del delito  
Lo trocaste en un misero proscrito.

Esa misma Soberbia que de muerte  
Al hombre hirió, brindándole fortuna,  
Fue su enemigo más sañudo y fuerte;  
Siguió siempre acosándolo importuna,  
Y tan tímido lo hizo, tan inerte,  
Que él, sin luchar, sin resistencia alguna,  
Por fin se le entregó; soltó los brazos,  
Y aun besó sus cadenas y sus lazos.

Densa sombra, vapor caliginoso  
Del hombre entonces envolvió la frente,  
Como un grueso sudario tenebroso  
Que estaba en pugna con la luz ardiente.  
Volvió la espalda al Todopoderoso,  
Le negó su homenaje reverente,  
Quiso de su servicio emanciparse  
Y por sí solo á un alto fin guiarse.

Artes, ciencias, amor llama á su lado,  
Y sus nobles destinos les confía;  
Cree ya tocar el término deseado  
De gloria y bienestar, que tanto ansía:  
Mas su espíritu agítase turbado;  
Lo seduce el error y lo desvía,  
Lo arrebató en un negro torbellino,  
Y arrójalo muy lejos del camino.

El sigue á tientas entre los horrores  
Que ha esparcido una noche tenebrosa;  
Toda estrella le niega sus fulgores;  
Calla su mente torpe y perezosa;  
Y ya sin esperar bienes mayores,  
Y renunciando á toda idea grandiosa,  
Rompe al fin todo dique, todo freno,  
Y tú eres, carne vil, su ídolo obscuro.

Así cuando rebrama y se enfurece  
Al choque de los vientos el océano,  
Pobre piloto gime y se estremece,  
Y busca con afán astro lejano;  
(Más y más muge el cielo y se ennegrece)  
Y viendo al fin que el resistir es vano,  
Suelta el timón, mientras la mar bravea,  
Y con su presa inerme juguetea.

Mas el Eterno Verbo, el Engendrado  
Por el gran Padre en el eterno día,  
Su luz vertiendo en el mortal que ha creado,  
El poder de esa noche combatía;  
Nunca su luz al hombre hubo negado:  
Pero ese rayo fúlgido caía  
Sobre la losa de una tumba obscura  
Llena de horror y fetidez impura.

Él mismo en todo el orbe, entre millares  
Había escogido un pueblo venturoso  
Que enriqueció de dones singulares,  
Para que este, cual foco luminoso,  
Brillara allende los inmensos mares  
Por el vasto Universo tenebroso:  
El le mandaba oráculos divinos  
Que enseñaran al hombre sus destinos.

Y aquella Ley que en la más noble entraña  
Grabó Jehová dentro del pecho humano,  
Confirmóse en la ignívoma montaña  
Por el eterno edicto soberano,  
Y promulgada fué con pompa extraña:  
Mas este pueblo, en su delirio insano,  
Con dones tan sublimes se enaltece,  
Y, necio, de sí mismo se envanece.

Cree bastar una rígida observancia  
Para guiar la humanidad entera,  
Y marcha á su vanguardia con jaectancia,  
Sin acordarse de su Dios siquiera.  
Mas tumbos dando llega, en su ignorancia,  
Al borde de ese cáos que absorbiera  
Al ciego dominante gentilismo,  
Y el vértigo lo arroja en el abismo.

Tristes despojos, restos funerales  
Quedaban ya de la grandeza humana;  
Pero entre esos escombros sepulcrales  
Su frente el hombre levantaba ufana  
Ni de rendirse aún daba señales:  
La empresa de curarlo fuera vana;  
Él mismo ahondaba su profunda herida  
Caricias prodigando á su homicida.

Mas Dios, al fin, ya de esperar cansado,  
Entabló con la humana descendencia  
Conflicto desigual: ya la ha estrechado  
Por todas partes, toda resistencia  
Todo efugio y escape le ha cerrado;  
Y luego sin esfuerzo, sin violencia,  
La arroja en lo más hondo de aquel cieno  
Que exhalaba mortífero veneno.

Ya empiezan esos fétidos olores  
A nausear al mortal, se siente herido,  
Lo punzan agudísimos dolores;  
Súbito de sus ojos ha caído  
La antigua venda que con los fulgores  
De todo astro vital había reñido;  
La confusión lo turba y lo sonroja,  
Hondo suspiro de su pecho arroja.

Clama piedad en tono lastimero,  
Al mirar el abismo en que yacía,  
Se pasma, se lamenta, y ya sincero  
Sus ojos vuelve á la región del día,  
Quebrantado su espíritu altanero;  
Cree que tan solo un Dios darle podría  
Su mano bondadosa, y levantarlo,  
Y á su fúlgido origen encumbrarlo.

Mas siente el hombre mísero su frente  
Abrumada del crimen por el peso;  
Quiere elevar á Dios plegaria ardiente,  
Y en sus labios la voz halla tropiezo.  
¿Qué va á hacer esa estirpe delincuente  
Que ya de su dolor llega al exceso?  
Para que ese su ruego no se frustre,  
Va á interponer aquel senado ilustre.

Este sagrado coro sus acentos  
Eleva sin cesar á la alta esfera  
Entre ayes mil y flébiles lamentos;  
Responde ya la humanidad entera  
A aquestos de dolor tristes concentos;  
Se oye una sola nota lastimera;  
Y esta voz tan enérgica vibróse,  
Que el altísimo Olimpo estremecióse.

Esto bastante fué: todo rendido  
Estaba el hombre, y por el hombre ahora  
Se declara Jehová como vencido:  
Relámpago fugaz el cielo dora;  
Y entónces el Gran Padre, conmovido,  
Hace oír una voz consoladora:  
“Yomismo, exclama, yo, por mi clemencia,  
Iré á curar del hombre la dolencia.”

Sonó, por fin, el suspirado instante  
En que el imperio del dolor cesara,  
En que el yugo durísimo, infamante  
De férrea esclavitud se quebrantara:  
No quiso el buen Jehová que en adelante  
El averno á su víctima insultara,  
Ya arrancarle decreta su gran presa,  
Y el hombre restituir á su grandeza.

Despuntaba una época de gloria,  
Una aurora de paz nítida y pura,  
La más risueña de la humana historia;  
Y ya al romperse la gran noche oscura,  
Quiere Jehová su mente hacer notoria  
A la espléndida corte de la altura,  
Sus altísimos planes concebidos  
Revelarle, hasta entónces escondidos.

De ellos un tiempo pálida vislumbre  
En la mente de Adán brillado había,  
Cuando, arrojado de la excelsa cumbre  
De su grandeza, ponderado había  
De la culpa la inmensa pesadumbre:  
La lágrima primera se vertía  
En el Edén perdido, y por la mano  
Se enjugaba del Padre soberano.

Pronto el heraldo fiel de esas regiones  
Por el eterno Sol iluminadas,  
Convoca ante el gran trono las legiones  
Que tienen sus magníficas moradas  
En reedor de los áureos escalones;  
Címbranse las vastísimas arcadas,  
Suspende el cielo su velóz carrera,  
Y habla el supremo Rey de esta manera:

“Espíritus eternos, celestiales  
Antiguos cortesanos, que fielmente  
Guardáis de estos palacios los umbrales  
De vuestro Dios el trono refulgente,  
Escuchad mis palabras, ¡oh inmortales!  
Vosotros los que un tiempo heroicamente,  
Hubisteis de vibrar el noble acero  
Contra un caudillo indómito, altanero.

“Mé es grato recordar esa proeza,  
Ese vuestro valor, esa energía,  
Hija de la lealtad y la nobleza;  
¡Vuestro es el reino en que no muere el día!  
Mas del solio rodó de su grandeza  
El ángel fiero que su frente erguía,  
Al mismo Omnipotente desafiando,  
Y el rayo de sus iras despreciando.

“Región de llanto y luto sempiterno  
Fueron de su victoria los honores,  
Halló su trono en el profundo averno.  
Pero aún no se sacian sus furores;  
Su negra envidia, su rencor eterno  
No cupo de esa noche en los horrores;  
Todo dique rompió, toda barrera,  
Y paso abrióse á la terrestre esfera.

“Bien lo sabéis. El Angel destronado  
Jura destruir la humana descendencia;  
Con mil artes y astucias la ha acechado  
Por robarle su dicha y su inocencia;  
El veneno más cruel le ha propinado  
Que pudo hallar en su maligna ciencia,  
Y la estirpe de Adán bebió la muerte,  
Mejor dicha buscando, mejor suerte.

“Hoy recordad lo que fué el hombre un día:  
De un bienestar inmenso rebosaba;  
Por Dios su pecho sin afán latía,  
Y en el amor más puro se abrasaba;  
Con la mente los ámbitos medía  
Del infinito, en que su centro hallaba;  
Holgábame yo mismo en regalarle,  
Y mis caricias pródigo brindarle.

“Su vida, sin cansancio ni amargura,  
Se hubiera deslizado en sueño blando,  
Cual arroyuelo de corriente pura;  
Y de la muerte el ímpetu ignorando,  
La angustia y el dolor, sobre la altura  
Un áureo trono le estaría esperando,  
Una noble riquísima diadema,  
Cual de su eterna filiación emblema.